

NOSTALGIA NERUDIANA:
SE HA PERDIDO UN CABALLO VERDE

Pablo Neruda



La casa Aguilar, de Madrid, prepara una antología de Julio Herrera y Reissig, el poeta de la decadencia y de la grandeza poética uruguaya. Para esto se necesita un número de mi revista *Caballo Verde para la Poesía*. Este número estaba íntegramente dedicado al uruguayo. Pero la revista no aparece por parte alguna. Contaré lo que pasó y lo que no pasó.

Yo llevé la pasión Herrera y Reissiana a Madrid, a mi generación. Es verdad que algún brillante erudito se preocupó alguna vez de él: existía la erudición, pero no la pasión. Nada más apasionante que la poesía de este uruguayo fundamental, de este clásico de toda la poesía. Así fue que leí a Vicente Aleixandre, y luego a Federico, a Alberti, a Altolaguirre, a Cernuda, a Miguel Hernández y a algunos otros más, las décimas góticas de Herrera y Reissig. Yo contrapuse al disparatado criollo, con su centelleo de imágenes perturbadoras, al también uruguayo Lautréamont, cuyo delirio sigue incendiando la poesía del mundo.

Herrera y Reissig sublima la cursilería de una época, reventándola a fuerza de figuraciones volcánicas. Sólo podría compararse al arquitecto Gaudí, que

hace estallar el arte del 900 con su sistemático paroxismo, necesario como una gruta marina para la repoblación de la belleza. Lautréamont corta en frío sapos, saurios y resentimientos, con cruel premeditación. *Los Cantos de Maldoror* son el crimen más perfecto de la poesía universal.

Quise honrar preferencialmente a Herrera y Reissig porque entre los modernistas tiene fosforescencia propia, de luciérnaga. Si Rubén Darío es el rey indudable de la marmolería modernista, Julio del Uruguay arde en un fuego subterráneo y submarino, y su locura verbal no tiene parangón en nuestro idioma. A Rubén Darío se le pagó en España la moneda discipularia del reconocimiento, pero el inmortal uruguayo pasó inadvertido: no tuvo corifeos, ni fue imitado con la intensidad creadora de los seguidores de Rubén.

Herrera y Reissig es vertebrado y fatídico y su arte es una relojería de consecuencias exactas, un torbellino con los relámpagos de la exactitud. Asume de tal manera el gran disparate poético que nada le arredra y es difícil ir más allá en el absurdo:

*Se hizo un arco el desenfreno
de aquel cuadrúpedo erróneo...*

Al leer a mis compañeros españoles "La tertulia lunática" salían chispas verdes, sulfúricos diamantes, y mientras más arreciaban las sorprendentes ecuaciones de las décimas julianas, más fuertemente se comunicaba el poder poético del uruguayo.

Decidí entonces publicar un doble número —5 y 6— de mi revista *Caballo verde* y dedicarlo íntegramente a Herrera y Reissig. Recuerdo que Ramón Gómez de la Serna escribió con su estilo egregio página y media en que destacaba la silueta del grandioso poeta. Vicente Aleixandre me entregó su homenaje: un poema de larga cabellera. Miguel Hernández y otros escribieron sus diti-rambos magníficos. Federico lo hizo con más conocimiento que nadie, puesto que, ya en Buenos Aires, habíamos cotejado nuestras predilecciones y habíamos decidido ir juntos a la tumba uruguaya del poeta llevando una corona. Yo escribí mi poema "El hombre enterrado en la pampa".

Manuel Altolaguirre imprimió el número doble de la revista en esos grandes caracteres bodónicos en que la poesía parece resplandecer. Todo se hallaba listo y se coserían los pliegos al día siguiente cuando estalló la Guerra Civil. Ésta venía del Africa, y España se llenó de fusiles. No hubo ya tiempo para libros. Comenzaron los primeros bombardeos. Luego el desastre.

Y, por todas partes, la muerte de los poetas. Federico, en Granada; Machado, en la frontera francesa; Miguel Hernández, en un presidio.

Diorama de la Cultura, suplemento de Excélsior (México), 18-XI-69; recogido en Neruda, *Para nacer he nacido* (Seix Barral, Barcelona, 1978), pp.241-243.